

como la Iglesia debe considerarse como una institucion saludable y divina. En ella reside únicamente el principio cierto de toda ley y de todo deber; por ella sola ha vuelto á estar la tierra en relacion con el cielo; por ella los hombres de todas las razas y naciones están unidos entre sí; por ella saben lo que son, de dónde vienen y cuál es su final destino; fuera de ella no hay mas que dudas, conjeturas, divisiones; nada es seguro; nada está sancionado; nada es verdaderamente obligatorio; toda inteligencia flota en el vacío de sus incertidumbres, toda libertad vaga á merced de sus caprichos. ¡Razon orgullosa! ¿qué sabrias tú de Dios, qué sabrias del hombre ni qué de la vida presente y de la vida futura? Escucha las palabras con que espresaba su desesperacion uno de tus mas ardientes adeptos. “Yo amo la verdad, yo la busco y no puedo reconocerla! Nosotros no sabemos ni lo que somos; no conocemos ni nuestra naturaleza, ni nuestro principio activo: misterios impenetrables nos rodean por todas partes, están mas allá de la region sensible; para penetrarlos creemos tener la inteligencia y no tenemos mas que la imaginacion. Cuando los filósofos se hallen en estado de descubrir la verdad, ¿quién de entre ellos tendrá interés en ella? ¿Dónde está aquel que por su gloria no engañaria de buena gana al género humano?”<sup>1</sup>

Ved ahí de qué perplejidades y angustias es víctima la humanidad, cuando abandonada, sin timon, sin brújula ni piloto fluctúa sobre el mar proceloso de las opiniones racionalistas; he ahí el destino que la espera fuera de la Iglesia. Mas si ella se arroja en los brazos de esta madre llena de gracias y de caridad, todo cambia de aspecto: á la inquietud sucede la seguridad, á la duda la fé, al aislamiento la union, á la division la unidad. Los hijos todos de Adán, dispersos en los cuatro ángulos de la tierra, tienen un centro comun donde pueden encontrarse y abrazarse fraternalmente en Dios. Allí hallan, en su pura fuente, lo verdadero, lo bello y lo bueno, alimento de su alma y regla de su libertad: ellos reciben es-

<sup>1</sup> Rousseau, *Emilio*, tom. III.

tos preciosos dones de esa mano infalible, en la cual los pusiera el mismo Jesucristo, Verbo eterno, espresion primordial y auténtica de la legislacion soberana. Desde entonces la ley es sagrada, única, igual para todos; ella previene una sumision completa, un respeto absoluto; sumision y respeto que nada tienen de humillante para la naturaleza humana, pues que se dirigen á la verdad increada, á Dios mismo, á quien son debidas las alabanzas, los homenajes, las adoraciones de todas las criaturas en el cielo y en la tierra.

“¡Oh Iglesia Romana!” repetiremos nosotros con el piadoso arzobispo de Cambray; “¡oh ciudad santa, cara y comun patria de todos los verdaderos cristianos! No hay ya en Jesucristo ni griegos, ni escitas, ni bárbaros, ni judíos, ni gentiles: todos forman un solo pueblo en vuestro seno, todos son conciudadanos de Roma y todo católico es romano. ¡Oh Iglesia desde donde Pedro confirmará para siempre á sus hermanos; que yo me olvide de mí mismo antes que os olvide jamás! ¡Que mi lengua se seque en el paladar y se quede inmóvil, si vos no sois hasta el último suspiro de mi vida el principal objeto de mi alegría y de mis cánticos!”

### CAPITULO XXXIII.

#### Gran rebelion del espíritu filosofico pagano contra el reinado de la Cruz.

Despues de haber anunciado y descrito la espantosa ruina de Roma, el apóstol San Juan, penetrando mas lejos en el porvenir, arrojó una mirada profética sobre los destinos futuros de la tierra. “Yo ví, dijo, descender del cielo un ángel

que tenia la llave del abismo, con una gran cadena en la mano. Él encadenó á Satanás y le encerró por *mil años* en el abismo, á fin de que no sedujese mas á las naciones, hasta que estos mil años se hubiesen cumplido. Pero cuando hayan pasado estos mil años, *él será desligado*, y saliendo de su prision seducirá á los pueblos que están en los cuatro ángulos de la tierra, y los reunirá para el combate. Su número igualará al de las arenas del mar, y se esparcirán sobre la tierra y rodearán el campo de los santos y la ciudad muy amada."<sup>1</sup>

En el año de 452 el feroz Genserico saqueaba á Roma, y *mil años* despues, es decir, en 1453, Constantinopla sucumbia bajo la cimitarra de Mahomet II. Sus sabios fugitivos, imbuidos en el espíritu pagano que la habia perdido, le llevaron á todas partes consigo. Ellos le esparcieron sobre la Europa, que los acogió y les dió la hospitalidad, con tanto mejor suceso cuanto que los espíritus sentian un deseo ávido de nuevos conocimientos y el descubrimiento de Guttemberg habia multiplicado los medios de propagarlos.

Hacia mucho tiempo que el poeta habia dicho: "Temo á los griegos hasta en sus presentes," pero antes que él, el juicioso y austero Caton habia experimentado el mismo temor. Cuando vió llegar á Roma los filósofos griegos, tembló por la república, y sus presentimientos no salieron fallidos. Esa poderosa república romana que habia vencido al mundo no resistió á la accion disolvente del espíritu filosófico. La misma suerte le estaba deparada á la Europa. Como un adolescente desprovisto de esperiencia, ella se dejó llevar de una admiracion candorosa por esos viejos sabios que le parecian estar en posesion de todos los secretos del espíritu humano: escuchó con trasporte su palabra docta y armoniosa, sin desconfiar de la sutil ponzoña que destilaba: sus ojos se deslumbraron con la perfeccion científica, literaria y artística de las obras que ellos le presentaban, y vino luego á apasionarse por la forma antigua. Con mas ardor que discernimiento la re-

<sup>1</sup> Apocal., cap. 20.

produjo por todas partes; en la iglesia, en el foro, en las escuelas, en los talleres. El Olimpo y el Parnaso resucitaron; Júpiter y su corte, Apolo y sus musas, Vénus y Cupido aparecieron de nuevo, mas brillantes que nunca. Pero del amor de la forma pasó rápidamente al amor del fondo. Seducida por la esterioridad engañosa de la civilizacion griega y romana y creyéndola mas perfecta que la civilizacion cristiana, rompió la cadena de sus santas tradiciones para reanudarla á la cadena de las tradiciones profanas; salió de la senda majestuosa que le habia trazado el cristianismo para correr por toda suerte de caminos tortuosos tras de las quiméricas visiones de los sofistas, que, semejantes á esos fuegos errantes de la noche, debian estraviarla con sus falsos fulgores y arrastrarla á hondos precipicios. Las doctrinas paganas halagaron, otra vez aún, las inclinaciones viciosas del hombre: todos los sistemas que habian corrompido el antiguo mundo, el epicurismo, el panteismo, el materialismo, el ateismo salieron de nuevo á luz: el racionalismo pareció seductor. Ya entonces la duda se apodera de las almas; Rabelais se rie de todo lo mismo que Lucano, y el sabio Montaigne va repitiendo como el escéptico Pyrrhon: "¿Qué seré yo?" La Europa se hace de dia en dia mas pagana: cambia la severidad de sus pensamientos, la gravedad de su aspecto por la ligereza y el brillo falso de las ideas y de las costumbres. La corrupcion invade insensiblemente los corazones, y muy pronto se vé renovarse todo el refinamiento de la lujuria antigua. ¡Tristes preludios! Una sorda fermentacion, semejante á la que precede á las tempestades agita el mundo: la esplosion no se hace esperar largo tiempo.

Despues de su derrota, el espíritu pagano habia procurado sin descansar un punto, pero tambien sin obtener ningun suceso, recobrar su perdido dominio. Sintió, al fin, que habia ya conquistado poderosas simpatías y que era llegada la ocasion de intentar nuevos esfuerzos. Para no espantar las conciencias, todavía demasiado cristianas, conspiró bajo el velo falaz con

que se habia cubierto hasta entonces, bajo el velo de la herejía. Un monje vino á ser su órgano; era Lutero. Dotado de una imaginacion ardiente y exaltada, no se detuvo mucho tiempo en una discusion seria sobre los dogmas; él quiso mejor hablar á las pasiones, y dirigió directamente un ataque brutal contra el dogma de los dogmas, contra la autoridad del gefe supremo de la Iglesia, contra la cabeza de la sociedad moral. "El papa, decia, en un lenguaje que causa repugnancia referir, el papa, es un lobo rabioso contra el que debe cada uno armarse; todos los que le siguen deben ser asimismo perseguidos como gefes de bandidos, aun cuando sean reyes ó emperadores."

El espíritu filosófico no se habia engañado en sus previsiones. Él suscitó numerosas simpatías y encontró aun en el poder temporal que en Europa le habia rechazado hasta entonces, un fiel aliado y un robusto apoyo. A la voz de Lutero, todos los pequeños príncipes de Alemania que temian al Austria ó codiciaban los bienes del clero, los duques, los electores, los margraves y los langraves se sublevaron contra la Iglesia. A la vez los pueblos, fascinados por el atractivo de la novedad y la esperanza de la independencia, los miembros infieles del clero secular y sobre todo del clero regular, á quienes arrastraba el incentivo de los placeres del siglo, siguieron el estandarte de la rebelion. El ejemplo fué contagioso y el mal se difundió en poco tiempo; las pasiones escitadas, se inflamaron y el fuego cundió en toda la Europa. Entonces aparecieron de nuevo todos los horrores de los tiempos de la persecucion y de la barbarie. Las iglesias fueron saqueadas é incendiadas; las cenizas de los mártires y de los santos profanadas y arrojadas al viento, los sacerdotes y religiosos fieles asesinados; los monasterios destruidos, los castillos, las aldeas y las ciudades entregadas al pillaje y á las llamas; la sangre corrió á torrentes en las guerras civiles é internacionales.

Contra la Iglesia era, principalmente, contra quien se di-

rigia todo el odio de los revolucionarios: ellos la llamaban la reina de las tinieblas y la prostituta del Apocalipsis y no pronunciaban su nombre sino para execrarlo. Semejantes á unos hijos desnaturalizados que ultrajan á su madre cuando creen no necesitar ya de sus cuidados, derramaban á torrentes, desprecios, insultos y blasfemias sobre la que durante tantos siglos habia protegido su infancia y su juventud con los desvelos y la tierna solicitud de una verdadera madre. En vez de reprimir los excesos de los pueblos, muchos reyes se hicieron cómplices de sus extravios. Gustavo Wasa, Cristiano III y Enrique VIII sacudieron el yugo de la autoridad de la Iglesia y la rechazaron como á una enemiga; y un poco mas tarde no faltó un rey cristianísimo que enviase su embajador á humillar en Roma al Soberano Pontífice.

Esto no era, sin embargo, sino el principio de los sufrimientos y de los dolores. Enardecido con el éxito que alcanzaba, el espíritu pagano arroja, en fin, la máscara y sube el segundo grado de su gerarquía: de la herejía viene otra vez la filosofía, y bajo esta forma siente todavía aumentarse su audacia y su furor: no es ya únicamente la Iglesia y sus instituciones sino toda la revelacion cristiana el blanco de sus tiros y de su saña. Voltaire es entonces la personificacion de ese espíritu perseguidor: tan violento como el hereje Lutero, el filósofo esclama en el frenesí de su odio: "No me admiraré ya de ver Hércules y Belerofontes librar á la tierra de las quimeras católicas; si tuviera á mi disposicion cinco mil hombres ya sabria lo que habia de hacer;"<sup>1</sup> y para estimular el celo de sus discípulos les repetia incesantemente esta odiosa palabra que contenia sus votos y sus esperanzas: "*Aniquilemos á la infame!*" tal era el epíteto que daba á la Iglesia. A esta palabra y al ejemplo del maestro, una multitud de literatos impíos, lanzaron á competencia sobre el cristianismo los dardos de la ironía, de la calumnia y del sarcasmo; le cubrieron con el manto de la locura, le abofetearon, le escupie-

1. Cartas al rey de Prusia.

ron, le coronaron de espinas, le clavaron en la cruz y le entregaron al escarnio del mundo. ¡Y la Europa aplaudia! ¡y los reyes palmoteaban!... Federico de Prusia era el amigo de los filósofos, Catarina de Rusia los colmaba de favores; la corte de Francia y los grandes señores los admiraban; José de Austria, Leopoldo de Toscana, el senado de Venecia, los ministros de España, de Nápoles y de Portugal, traducian sus máximas en usurpaciones sobre los derechos de la Iglesia. Descendiendo de las alturas sociales y políticas, la impiedad ganaba rápidamente terreno por todas partes: ella pasaba de las capitales á las provincias, de los nobles á la clase média, de la clase média al pueblo. La religion se conmovió en el fondo de sus santuarios. Comunicando á uno de sus ministros la inspiracion de los antiguos profetas, hizo salir de su boca estas tremendas palabras con que resonaron las bóvedas del templo: "La hacha y el martillo están en las manos de los filósofos; ellos no esperan sino un instante favorable para derribar el trono y el altar. Sí, vuestros templos, Señor, serán despojados y destruidos, abolidas vuestras fiestas, vuestro nombre blasfemado y vuestro culto proscrito!—¿Pero qué escucho, gran Dios? ¿Qué es lo que ven mis ojos? A los cánticos inspirados que hacian resonar estas bóvedas sagradas en honor vuestro, suceden ahora cantos lúbricos y profanos!... Y tú, divinidad infame del paganismo, impúdica Vénus, tú vienes, aun aquí mismo, á ocupar audazmente el lugar del Dios vivo, á sentarte sobre el trono del Santo de los santos y á recibir el incienso culpable de tus nuevos adoradores?..."<sup>1</sup>

Los presentimientos del hombre de Dios no tardaron en realizarse. La filosofía triunfante subió al trono y pudo ya poner en práctica libremente sus salvajes teorías. "Si yo tuviese un pueblo que castigar, decia el rey de Prusia vuelto ya en sí de sus ilusiones, haria que lo gobernasen los filósofos." La Francia hizo una cruel esperiencia de la verdad de

<sup>1</sup> Sermon del P. Beauregard.

sus palabras. En algunos años la filosofía la inundó de mas sangre, la cubrió de mas ruinas que lo habian hecho antes todas las tiranías y todos los fanatismos juntos. Por primer ministro tomó á la guillotina; por fiestas tuvo las matanzas de setiembre, las sumersiones en el agua, los metrallazos; su nombre fué EL TERROR. Ella no respetó clase, ni condicion ni sexo: ensalzó el vicio y proscibió la virtud. Creyendo, en la embriaguez de su orgullo, que habian vuelto los bellos dias de Juliano el Apóstata, subió el tercer grado de su gerarquía, recobró su primera forma, la mas querida de todas, la idolatría; y juzgando á los pueblos ya bastante envilecidos por sus doctrinas, osó mandarles que doblasen la rodilla ante una prostituta, y que ofreciesen incienso á esta noble imagen de la Razon. Desde entonces, la filosofía rasgó completamente el velo que cubria sus sacrílegos designios, y dejando de fingir una hipócrita tolerancia, armó su brazo con la cuchilla y renovó contra el cristianismo las atrocidades y las persecuciones sangrientas de los tiranos de Roma. ¿Quién podrá referir sus furores? Por todas partes los altares profanados, la cruz libertadora abatida y hollada, los templos cerrados ó destruidos, los sacerdotes proscritos y asesinados, los hijos del claustro arrojados y degollados, los fieles perseguidos, el culto abolido, el patrimonio sagrado entregado á las manos de los impíos y repartido como el botin de la conquista!... Si Dios desde lo alto del cielo no hubiese velado en su obra, la última hora de la Iglesia habria sonado! Dos veces los ejércitos enemigos á quienes los favores de la fortuna habian hecho dueños de la Europa, rodearon el campo de los santos y la ciudad muy amada; dos veces el vicario de Jesucristo, arrancado violentamente de la cátedra apostólica, fué arrastrado de un destierro á otro destierro, y murió ó vivió largo tiempo cautivo en una tierra extranjera. Como los judíos en otro tiempo en la cima del Calvario, los filósofos pasaban delante de la cruz, y moviendo irónicamente la cabeza le decian con altivez y desprecio: "*Si eres la hija de Dios, sálvate á tí*

*misma*; y lleno el corazón de feroz regocijo, se aprestaban á sellar la piedra de su sepulcro.

Así es cómo durante tres siglos la Iglesia fué atacada y combatida de nuevo por todas las potencias del mundo rebeldas contra ella; potencias que se habian hecho tanto mas temibles cuanto se habian hecho mas fuertes y vigorosas con la civilización cristiana, y que, por una astucia verdaderamente satánica, supieron oponer la Iglesia á la Iglesia misma, volviendo y armando los derechos que habia dado á los hombres, contra los deberes que les habia enseñado y prescrito.

#### CAPITULO XXXIV.

##### Estabilidad del reino de la Cruz en medio de las pruebas.

“Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi Iglesia; y las potencias del infierno no prevalecerán contra ella.” Jamás se habia hecho una promesa tan extraordinaria, y jamás ninguna otra se habia realizado de una manera mas milagrosa. Desde el pretorio de Jerusalem hasta la prision de Fontainebleau la Iglesia no habia cesado de ser el objeto de los ataques de enemigos encarnizados que desplegaron contra ella todos los recursos de la fuerza, del genio, de la astucia y de las pasiones: pero semejante al astro brillante del día á quien no conmueven clamores salvajes, ella siguió gloriosamente su curso á través de los siglos, derramando torrentes de luz sobre los impíos que blasfemaban de su nombre y la cubrian de sarcasmos y de calumnias.

Cuando el espíritu pagano, por mucho tiempo antipático á los reyes y á los pueblos, los hubo sublevado y armado con-

tra la Iglesia, proclamando la independencia y la rebelion, sorprendida un momento por esta explosión terrible pareció vacilar sobre su base; pero muy pronto se afirmó en ella con mas fuerza que nunca, y se encontró pronta á hacer frente á todos sus adversarios por mas temibles que fuesen en número y en poder. No contenta con defenderse en su propio terreno, volvió á tomar la ofensiva por todas partes: una nueva vida pareció infundirse en sus miembros: ella invocó su espíritu regenerador y sintió renacer el ardor de su primera juventud. En tanto que la cátedra de San Pedro sufría un continuo asalto de sarcasmos, de blasfemias y de violencias, pontífices venerables por su virtud, su ciencia ó su valor como Paulo IV, Pio V, Gregorio XIII, Sixto V, Paulo V, Inocencio XI, Benedicto XIV, Pio VI y Pio VII venían á sentarse en ella sucesivamente, y á volverle el brillo de los antiguos días. A su voz, y bajo su dirección, los prelados y los doctores se reunieron en Trento; y el célebre concilio, con una sabiduría que no podia venir sino del cielo, definía la doctrina, consagraba la moral, y hacia florecer de nuevo la disciplina en toda la cristiandad que habia permanecido fiel. El clero se fortalecía en la fé por medio de la oración y del estudio. Las antiguas órdenes religiosas, como los dominicos, los franciscanos y los benedictinos, se reformaban con el mas grande ardor. Las congregaciones de mujeres rivalizaban con ellos en celo y austeridad. Nuevas órdenes, expresión de la necesidad de los tiempos, surgían en gran número, como los Fuldenses, los Barnabitas, los Teatinos, los Doctrinarios, los Lazaristas, los Sulpicianos, los Ligoristas, los Hermanos y hermanas de la caridad, Ursulinas, religiosas de la Visitación y otras mas todavía que ofrecían á la santa causa el concurso de su múltiple consagración. A su cabeza una orden que su celo ha hecho el blanco de los iníquos y vergonzosos furoros de la impiedad moderna, la orden de San Ignacio de Loyola, se adelantaba como un gigante, preparaba el combate, reanimaba y sostenía el valor de las falanges sagradas, se esponía á todos los